

Salamanca en el cine

Paula Castro Morán, M.A.

Universidad Pontificia, Salamanca

RECIBIDO EL 19 DE JULIO DE 2015 - ACEPTADO EL 26 DE JULIO DE 2015

Si algo hay icónico en la ciudad de Salamanca es su Plaza Mayor. Quizá no sea tan grande como cabría esperar, pero es una de las más bellas. Ha sido retratada en varias cintas de celuloide, ya sean películas, documentales o cortos. Pero, ya sea porque fue una superproducción de Hollywood o porque aquel gran acontecimiento para mi modesta ciudad me tocó en una edad en la que uno comienza a recordar más las cosas, lo que más recuerdo del cine en Salamanca fue el rodaje de *En el punto de mira* (2008, Pete Travis).

Rodaje que no fue realizado precisamente en Salamanca, sino en México, donde recrearon la Plaza Mayor debido al alto coste de grabar allí. Ver en el cine aquella distorsión de la ciudad fue decepcionante y gracioso a partes iguales. ¡Como si hubiera rascacielos al lado de la Plaza Mayor!

Muy al margen de ese pequeño “lapsus” de la industria, Salamanca ha sido marco de numerosos rodajes. Sus edificios de piedra han quedado grabados en la retina de espectadores desde que el cine era mudo. Primero tiñéndolas de ese gris de película clásica y, después, con el paso de los años, dando paso a sus vivos tonos ocres poco a poco.

Fue en Salamanca donde se organizó el primer (y último) congreso de la industria del cine en

España, en el año 1955. Fueron las Primeras Conversaciones sobre Cine Español, pero son más conocidas como las Conversaciones de Salamanca. Fueron unas jornadas organizadas por el director salmantino Basilio Martín Patino que contaron con la presencia de grandes nombres que quedarían marcados en la industria, tales como Carlos Saura, Fernando Fernán Gómez, Luis García Berlanga, García Escudero, etc.

El objetivo de estas conversaciones fue reflexionar sobre el cine, sus corrientes artísticas, su futuro y cómo debían o no hacerse las películas a partir de ese momento. Hasta hoy, ha sido el único evento que ha conseguido congregarse en una misma sala a críticos, directores, guionistas, productores, instituciones... Solo en Salamanca fue posible el consenso. Aunque a corto plazo dichas jornadas no tuvieron efecto, pronto la industria del cine español comenzó a cambiar y surgió la llamada corriente de “Nuevo cine español”, tal y como explica el documental *De Salamanca a ninguna parte* (2002, Chema de la Peña).

El primer rodaje que se vivió en la provincia salmantina fue de una de las obras clásicas de Buñuel, *Las Hurdes: Tierra sin pan*, un documental con imágenes estremecedoras sobre la vida en Las Hurdes. Cuatro años más tarde, en 1936, el pueblo salmantino de Villavieja

de Yeltes acogía el primer rodaje de una película como tal. *El cura de Aldea* (Francisco Camacho) retrataba por primera vez a un personaje salmantino en la industria del celuloide, el padre Juan.

A partir de entonces las producciones modernas, con alto contenido realista y social, que mostraban la triste vida de postguerra, se dieron codazos en la pequeña Salamanca con las obras más tradicionales, costumbristas y de decorados falseados. Los nuevos directores buscaban realizar proyectos artísticos, con nuevas técnicas cinematográficas, pretendiendo ilustrar el drama de la vida real de Castilla. Por otro lado, las producciones conservadoras, fieles al Régimen, veían en la ciudad una gran fuente de localizaciones religiosas.

En la época de los 40, las piedras de la ciudad se tornaban grises para la gran pantalla y la vida costumbrista de los pueblos de la provincia era la protagonista en *La aldea maldita* (1942, Florián Rey), *remake* del mismo director, y en *El camino del amor* (1943, José María Castellví), rodada en Villavieja de Yeltes. Aunque no todo era tan malo y oscuro como lo pintaban. Sara Montiel visitó la ciudad para grabar *Confidencia* (1947, Jerónimo Mihura), un film en el que dos hombres se peleaban por su amor.

El cine siempre ha estado íntimamente relacionado con la literatura. No solo porque ambas artes sean formas diferentes de contar una historia, sino porque el cine bebe de las novelas. Como no podría ser de otra manera, la historia de Salamanca comienza en la literatura, y una de esas obras míticas en las que la ciudad es protagonista es *El Lazarillo de Tormes*. Esta obra fue adaptada al cine de la mano de César Fernández Ardavín en 1950 y se basa en la infancia del protagonista, nacido en Salamanca.

El Lazarillo de Tormes fue un éxito y se convirtió en un clásico, pero no ha sido el único largometraje de éxito que se ha producido en

la provincia castellana. En 1955 se estrenaba *Marcelino Pan y Vino* (Ladislao Vajda), cuyas escenas clave fueron rodadas en el pueblo serrano de La Alberca. En las imágenes se puede admirar su Plaza Mayor en la escena inicial, el mercado y la Ermita de San Blas. La película tuvo mucha acogida internacional, sobre todo su banda sonora, y fue de las primeras en vender *merchandising*.

Otra de las películas de más éxito de los 50 fue *Surcos* (1951, José A. Nieves), considerada como una de las mejores del cine español. En ella se puede apreciar la línea de ferrocarril Salamanca-Ávila. En esta década, Salamanca recibió su primer rodaje extranjero con *La princesa de Éboli* (1955, Terence Young), una coproducción inglesa. También aparecía la Universidad Pontificia de Salamanca, institución de prestigio, en *La guerra de Dios* (1953, Rafael Gil). Y la ciudad era el marco de uno de los cuatro episodios de *La ironía del dinero* (1957, Edgar Neville), un conjunto de historias entrelazadas alrededor del hallazgo de una cartera repleta de dinero, además de prestar el pueblo de Béjar para *Soledad* (1958, M. Craveri).

El orgullo patrio llegó en la década de los 60 en plena dictadura franquista, con filmes históricos como *El valle de las espadas* (1962, Javier Setó), que, de nuevo, realzó la belleza de La Alberca y su perfil histórico, y *Morir en España* (1965, Mariano Ozores), que elevaba las gestas franquistas. Sin ser por la vía histórica, también se vio en *Españolear* (1969, Jaime Jesús Balcázar) y en forma de musical con *El Paseillo* (1969, Ana Mariscal), rodada en Ciudad Rodrigo. Y, de refilón, Salamanca tuvo el honor de ser vista en *Doctor Zhivago* (1965, David Lean), pues la presa que aparece al inicio y final de la cinta corresponde al pueblo Aldeadávila de la Ribera.

Pero si hay algo destacable en esta época, fue la ópera prima del director salmantino Basilio Martín Patino, *Nueve cartas a Berta*, en la que

un joven enamorado le escribe a su amada Berta unas cartas en las que le cuenta cómo es la vida castellana. Fue rodada en Morille, Arapiles, Salamanca y Valero.

La Alberca volvió a ser el escenario en *La Guerrilla* (1972, Rafael Gil), y Salamanca estuvo presente de fondo en *Doctor, me gustan las mujeres, ¿es grave?* (1974, Ramón Fernández), *El alijo* (1975, Ángel del Pozo), *Las cuatro novias de Augusto Pérez* (1976, José Jara) y *El segundo poder* (1976, José María Forqué). Se produjeron a su vez dos documentales sobre las consecuencias del franquismo, *España debe saber* (1976, Eduardo Manzanos) y *Arriba, España* (1976, José María Berzosa), en los cuales se recorrían diversos lugares del país, entre ellos Salamanca.

Lo más notable de los 70 para el cine en Salamanca fue la acogida del rodaje de *El nido* (1979, Jaime de Armiñán). Su protagonista era, de nuevo, salmantino y se enamoraba del personaje de la famosa Ana Torrent. Para ambos, ese idilio en los parajes montañosos de Castilla se convertía en un nido. Además de recorrer las calles de la capital, los enamorados pasan por Sequeros, Finca Torre de la Valmuza, la Honfría y San Martín del Castañar. La idea era envolverles en un halo de pueblos cerrados, montañas, bosques...

Con la llegada de los 80 dejaron de rodarse tantas películas de temática religiosa y costumbrista, aunque imágenes de Salamanca sirvieron para *Muerte en el Vaticano* (1982, Marcelo Aliprandi) y *Caminos de tiza* (1988, José Luis Pérez Tristán). La Alberca volvió al estrellato en *El gran secreto* (1980, Pedro Herrero), una historia que se asimilaba a Heidi en el pueblo de la montaña. Y Patino resurgió con su tercera obra en la provincia, *Los paraísos perdidos* (1985), rescatando las historias de los medios rurales castellanos.

En las noticias locales aparecía la crónica del

rodaje de *El bosque animado* (1987, José Luis Cuerda) en los parajes de Béjar, y la noticia de una nueva obra picaresca que volvía a levantar la figura del Lazarillo para reunirlo con Guzmán de Alfarache en *Los alegres pícaros* (1987, Mario Minocelli). Pero, sin duda, lo que más quedaría grabado en la historia española sería el film que recreaba la vida de "El Lute", *El Lute: camina o revienta*. Como delincuente nacido en Salamanca, la ciudad no podía faltar en la película.

En 1991 salía en la prensa la noticia de que los Dominicos de Salamanca no dejaban rodar al equipo de Imanol Uribe en su convento, pues *El rey pasmado* les parecía "anticlerical". Pese a ello, consiguieron otras localizaciones en la ciudad. Esta fue la década en la que volvía a nuestra pequeña ciudad una superproducción, en este caso de Ridley Scott en honor al descubrimiento de América. *1492: La conquista del paraíso* (1992). En el largometraje se pueden apreciar la catedral, la fachada de la Universidad, la Clarecía y el Convento de San Esteban. Pero Scott no fue el único con esa idea, ya que John Glen Rodó en el mismo año *Cristóbal Colón: El descubrimiento*.

No tuvo una producción tan grande *La marrana* (1992, José Luis Cuerda), rodada en La Alberca, pero sí tuvo la misma importancia para sus habitantes, que recuerdan con mucho cariño la presencia de actores como Alfredo Landa, Gran Wyoming y Antonio Resines. Por otro lado y como contraste, apenas se vieron las imágenes de la ciudad en películas como *Jamón Jamón* (1992, Bigas Luna), con escenas rodadas en Villamayor, *¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?* (1993, Manuel Gómez Pereira), *Justino, un asesino de la tercera edad* (1994, Santiago Aguilar), donde se vio la plaza de toros, *Lisboa* (1999, Antonio Hernández) y *Shacky Carmine* (1999, Chema de la Peña), en la que un grupo indie salmantino se va a Madrid a probar suerte.

El nuevo milenio trajo consigo más cine, entre el que se haya una de las películas más parodiadas por los salmantinos de a pie: *Tuno negro* (2001, Pedro L. Barbero y Vicente J. Martín), que pretendía ser una película de terror y asesinatos basada en una leyenda urbana, pero en Salamanca a nadie le parecía asustar la tuna. El nuevo siglo también trajo la nueva obra de Patino, *Octavia* (2002), en la que aparecía la Universidad de Salamanca, icono póstumo de la ciudad.

Lo que sí sorprendió fue la grabación de un film de ciencia ficción en una ciudad que hasta ahora había sido relacionada en el cine como medio de vida rural, religión e historia. Se trata de *Utopía* (2003, María Ripoll), un largometraje al que comparan con *Minority Report* y al que la crítica ascendió a las nubes.

En 2006, Salamanca volvió a ser el plató de una coproducción norteamericana. *Los fantasmas de Goya* (Milos Forman) cuenta una historia de España a través de los ojos del famoso pintor en la época de la inquisición, y, a pesar del oscuro tema, no faltaron voluntarios para ofrecerse como extras en un acontecimiento multitudinario. Por otro lado, no tuvo tanta suerte la producción de *Manolete* (2007, Menno Meyjes), a pesar de la presencia de Adrien Brody y Penélope Cruz, que narra la vida del famoso torero.

Después de estos rodajes la suerte de Salamanca cambió. Desde entonces solo se han producido pequeñas grabaciones de cortos, películas *low cost*, videoclips o programas de televisión. Se produjo el de *Te llevaré al fin del mundo* (2009, Christine Kabisch), una producción alemana, y varios del director salmantino Gabriel Velázquez, como *Amateurs* (2008), *Iceberg* (2011) y *ártico* (2014).

Con toda la cantidad ingente de largometrajes que ven la luz cada año, parecía que solo se hacían películas en New York o Madrid. Pero a veces una ciudad pequeña como Salamanca

puede sorprender con un movimiento inusual de cámaras y focos, arriba y abajo. Puede que sea por su apariencia de ciudad medieval, que hace tan fácil imaginarse caminando por el pasado cuando paseas por sus calles empedradas. O puede que sea su contraste de paisajes, con tierras amarillentas de secano y vastos bosques de montaña que parecen no tener final. Quizá sean sus monumentos, o sus pueblos, o la cálida bienvenida con la que se acoge un rodaje. Pero, sea lo que sea, Salamanca tiene algo que atrae a directores y artistas desde hace más de ochenta años.

Paula Castro Morán